

tante, su vocacion especial, inmediata y extraordinaria al apostolado por Jesucristo.

Si á esto se añaden ahora los textos arriba citados, que se refieren al primado é infalibilidad de una manera mas directa y explícita, no podrá negarse que se trata aquí de una verdad consagrada y autorizada por cien lugares de la Escritura. Cualquiera diria que Jesucristo y los apóstoles habian querido afirmar y robustecer este dogma por caminos directos é indirectos, teniendo en cuenta su importancia capital, y en la prevision de la ruda oposicion que habia de experimentar por parte de las pasiones del hombre y del orgullo racionalista.

VI.

Observaciones.

Las reflexiones hasta aquí consignadas nos ponen en el caso de llamar la atencion del lector sobre dos puntos importantes. Es el primero, la necesidad ineludible de someterse en lo sucesivo á las decisiones de la Santa Sede en materias de fé y de moral, so pena de ser excluido de la comunión de los fieles y de no pertenecer á la Iglesia de Jesucristo. Todo católico, en el mero hecho de serlo, se halla obligado á admitir y confesar la infalibilidad de la Iglesia universal reunida legítimamente en concilio, desde el momento que sus decisiones son confirmadas y reciben la sancion del Sumo Pontífice. Toda vez, pues, que la infalibilidad pontificia tiene en su favor la definicion de la Iglesia universal en las condiciones expresadas, se sigue necesariamente que todo católico, so pena de dejar de

serlo, se halla en la obligacion, no solamente de admitir dicha infalibilidad pontificia como verdad y artículo de fé divina, sino tambien de tomar las decisiones dogmáticas del Vicario de Jesucristo como reglas seguras, infalibles y necesarias, de sus creencias religiosas y de sus costumbres ó acciones. De manera que, en vista de esto, bien puede decirse que una de las consecuencias mas importantes y trascendentales de la definicion de la infalibilidad, es el deslindar los campos, desterrar toda confusion religiosa del seno de la Iglesia, y establecer de una manera terminante, absoluta y á todos manifiesta, la línea divisoria entre católicos y no católicos: ó con Dios, ó con Belial, ó con el catolicismo, ó con el racionalismo, ó en la Iglesia de Jesucristo, ó fuera de la religion católica. De hoy mas no queda lugar para los términos medios, ni para las dudas en materia de catolicismo.

El segundo punto sobre que llamamos la atencion, es la prueba histórica y humana de la infalibilidad ó asistencia especial del Espiritu Santo, que se manifiesta y revela en el Sumo Pontificado, aun en las circunstancias y materias mas complejas y difíciles de los últimos tiempos. Y apellidámosla *prueba histórica y humana*, porque no hablamos de las definiciones rigurosamente dogmáticas que en todos tiempos han emanado de la cabeza de la Iglesia contra las herejías, sino de sus decisiones y conducta en las materias y circunstancias que se rozan ó tienen relacion mas ó

menos directa con la doctrina, el ser, conservacion y propagacion de la Iglesia de Jesucristo.

Recordemos únicamente un hecho, entre los varios que pudiéramos citar sin salir de este mismo siglo. A raiz de la revolucion que derribó el trono de Carlos X, tres escritores de profundo ingenio, grandes talentos y arrebatadora elocuencia, fundan un periódico, en torno del cual se reunen otros muchos hombres de saber y virtud. Celosos todos ellos por el bien y propagacion de la Iglesia de Jesucristo, creen descubrir el camino único y seguro para llegar á aquellos resultados, para consolidar y dar nuevo brillo á la religion católica, en la proclamacion de la libertad de la prensa y de otras análogas, en la separacion de los tronos por parte del Papa, en la aproximacion y alianza de la Iglesia y del pontificado con la democracia y los pueblos. Pues bien; sabido es que aquellos escritores, no obstante su reconocido celo y buenas intenciones, hubieran ocasionado males sin cuento, á no ser por la prudencia, firmeza y prevision de la Santa Sede: el tiempo y la esperiencia posterior han revelado de parte de quién estaba la razon, y que la asistencia divina no faltó al Vicario de Jesucristo en esta ocasion solemne y crítica. Si necesario fuera y lo permitiera la índole de este trabajo, citaríamos otros hechos análogos, en que la asistencia especial del Espiritu Santo parece que se hace visible, hasta en los hechos y materias que no atañen directamente á la fé y

buenas costumbres. Los que se hallen versados en la historia eclesiástica moderna, no ignoran que esa firmeza, prevision y seguridad doctrinal del Sumo Pontífice, se han revelado de una manera no menos evidente y visible en la controversia sobre el tradicionalismo, y especialmente en el grave y espinoso asunto del hermesianismo.

Los hombres pensadores y de buena voluntad, si quiera colocados fuera del catolicismo, nada perderian en meditar seriamente sobre la esquisita sabiduría, firmeza, y sobre todo, sobre la independenciam y seguridad doctrinal que se han revelado en todo tiempo, y especialmente en nuestro mismo siglo, en el Sumo Pontífice: no sería imposible que semejantes reflexiones, robustecidas con la oracion humilde, abriesen á alguno las puertas de la verdadera Religion.

Y no es sola la historia moderna, es tambien la historia media y antigua, es la historia universal del Cristianismo desde su origen hasta nuestros dias, la que representa y constituye una brillante demostracion de la consumada prudencia, de la seguridad doctrinal, y con especialidad de la independenciam, dignidad y firmeza, por medio de las cuales el Romano Pontífice ha venido afirmando y defendiendo la justicia, la verdad y el derecho, el bien bajo todas sus formas y fases, ora echando mano de la energía, ora de la paciencia y longanimidad, pero sin hacer jamás traicion al derecho y la verdad. Oigamos al ilustre

P. Lacordaire, que resume en los siguientes términos la lucha sempiterna y variada del Papado contra el mal y el error, á través de pueblos y edades.

«Esta paciencia para con el tiempo, escribe (1), tan admirable ya cuando se la considera en sí misma, puesto que es propio de los hombres, á causa de su limitada condicion, querer apresurar ó mas bien crear el tiempo, esta paciencia se hace aun mas digna de meditarse, cuando se observa que no ha costado mas que una fé imperturbable en el triunfo de la verdad, mas aun un valor heróico para hacer frente á la rapidez y violencia de los humanos sucesos. El valor que debian desplegar los romanos Pontífices no era el que desprecia la muerte dándola, y que si bien digno de estima cuando es justo, es no obstante comun entre los hombres. Hay un valor mas raro, que soporta el resentimiento de los príncipes y sus caricias sin que lo espanten ni seduzcan; que sacrifica el reposo á la conciencia, y arrostra esas tristes muertes de la prision, la necesidad y el olvido. Tal ha sido el valor de los romanos Pontífices. Han permanecido trescientos años en la capital del imperio, advertidos del género de su muerte por la de sus predecesores, y escepto uno solo, cuya vejez fué mas diligente que los verdugos, tuvieron todos la

(1) *Carta sobre la Santa Sede.*

gloria de ser muertos en sus sillas, dando gracias á Dios. El Bajo-Imperio exigió de ellos acaso mas energía. Allí tuvieron principio esas heregias y cismas que han separado al fin la Iglesia oriental de la unidad católica, y todas las cuales fueron sostenidas encarnizadamente por los emperadores y los eunucos de palacio. En el discurso de quinientos años apenas se encuentran algunos príncipes verdaderamente fieles y estraños al furor de las sutilezas griegas. Los Papas, desde lo interior de Roma gobernada por un prefecto imperial, se opusieron sin descanso á todas las empresas del error, y un solo ejemplo dará la idea de lo que hubieron de sufrir alguna vez y temer á menudo. El Papa Vigilio, atraído á Constantinopla por el emperador Justiniano, se vió obligado para sustraerse á las persecuciones de la córte, á refugiarse en una iglesia, bajo del mismo altar, á cuyas columnas se abrazó; los soldados entraron allí despues de él con la espada desnuda, y se vió al gefe de la cristiandad abrigado en vano por el Santo de los Santos, reluchar todo ensangrentado contra una tropa armada que pugnaba por arrancarle de su asilo, cogiéndole por los cabellos y la barba y por todos los miembros del cuerpo. La edad media trajo otros peligros: las guerras de los señores, los lazos de la feudalidad, que tendian á poner en vasallaje á la misma Iglesia, la ambicion temporal y espiritual de los emperadores de Alemania, y finalmente, los tiempos mas próximos á nosotros, han

enseñado nuevamente á la Iglesia católica que el valor de sus Pontífices es inmortal, como la necesidad que tiene de él.

Si una vez sola el Vicario de Jesucristo hubiera faltado por flaqueza á su mision, nadie puede decir, humanamente hablando, lo que hubiera acontecido. Pero en esa larga genealogía de los Papas no se descubre uno solo cuya cobardía haya llegado al punto de vender la verdad al poder secular. Los obispos de Inglaterra entregaron á Enrique VIII la Iglesia católica; una parte de los obispos de Suecia la entregó á Gustavo Wasa; los obispos de la iglesia griega á Pedro I; muchos obispos y sacerdotes han sucumbido en las córtes al temor y la esperanza: ; nunca un Pontífice romano! Ordinariamente han llevado su condescendencia hasta sus últimos límites, han negociado, suplicado, esperado, aprovechado todas las ocasiones para que, llegada la hora, pudieran sufrir sin remordimiento, y presentar á Dios en toda su pureza el espectáculo de la justicia humillada y desnuda, luchando con la fuerza y el orgullo. En el valor con que sufre el hombre la suerte que se ha traído, hay cierta nobleza que convierte los corazones; pero cuando una paciencia angélica ha precedido á un valor de bronce, y estos dos caracteres vienen á caer del cielo sobre la misma frente, junto con la magestad de la desgracia y de los años, esto produce cierta cosa que conmueve de suyo las entrañas, y cuyo efecto infalible sobre los hombres

no hay gloria alguna que pueda contrapesar. Nuestra generacion ha presenciado lo que decimos.»

VII.

Conclusion.

Ya que hemos encabezado este trabajo con las palabras de uno de los mas ilustres representantes de la teología española en el concilio de Trento, séanos permitido antes de terminar, decir alguna palabra sobre el carácter y representacion de la iglesia de España en el Concilio Vaticano. Sin abdicar su independencia y libertad en las decisiones conciliares, como lo ha demostrado y seguirá demostrándolo en lo sucesivo, en la cuestion capital de la infalibilidad pontificia, al tratarse de una controversia tan transcendental bajo todos conceptos, al tratarse, en fin, de una verdad que reúne todos los caracteres de dogmática y revelada, al tratarse de una verdad defendida constantemente por

la iglesia española, todos se han hallado al lado de la verdadera doctrina, todos se han presentado unidos, compactos y firmes en la profesion de la verdad católica, en la confesion de la soberanía y autoridad infalible del Sumo Pontífice. Esta aptitud, digna y verdaderamente católica del episcopado español, ha llamado la atencion de los extranjeros, mereciendo á la vez los elogios del mundo cristiano y de sus mas notables ilustraciones literarias. Y sin embargo, ¡cosa singular! mientras que los sabios y la prensa extranjera colmaban de elogios al episcopado español, y rendian tributo de admiracion á sus virtudes y su saber, una parte no escasa de la prensa periódica de España, dando pruebas de un *patriotismo verdaderamente liberal*, se ensañaba contra los obispos españoles, negándoles estúpidamente las altas cualidades y profunda ciencia que les concedian los extranjeros. Estupidez voluntaria y estupidez revolucionaria y por ende anti-patriótica se necesita ciertamente, para desconocer la ilustracion y negar la ciencia y elevadas cualidades de los García Gil, Monescillo, Payá, Blanco Martinez, Caxals, y en general de todo el episcopado español, lo mismo del que se halla en Roma que del que reside en España. Por nuestra parte, debemos confesar que esta conducta nada extraño contiene para nosotros; porque sabemos que los que zahieren y calumnian á los obispos españoles, son los mismos que despues de haber sumido á la España en la miseria y en la anarquía; despues de ha-